Sin Nombres

Manuela Fernández -Gallardo y López



VISION NET

SIN NOMBRES

MANUELA FERNÁNDEZ-
GALLARDO Y LÓPEZ

SIN NOMBRES

VISION NET

© SIN NOMBRES
© MANUELA FERNÁNDEZ-GALLARDO Y LÓPEZ
© EDITORIAL VISION NET
Avenida de Asturias S/N. Impares local 5
Semiesquina a Plaza Castilla 3
28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696
url:www. visiónlibros.com
Registro Propiedad Intelectual
ISBN:84-9770-260-3
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González
dagma@vodafone.es

Maquetado: © Magda C. Vargas Del Valle
magdac_vargas@wanadoo.es

Producido por Grupo Corporativo Visionnet
Cuatro Amigos 5. Posterior. 28029 Madrid (España)

Impreso por Publidisa.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

DEDICATORIA

A mi marido,
mis hijos Sara, Sol y David,
hermana y sobrinos

Nota de Autora

Queridos lectores:

Este libro fue escrito en las fechas que se desarrollaron los hechos históricos, mes a mes, día a día, pero eran momentos muy duros y crueles para un país y para el mundo entero y, como no considero mi estilo literario ni informativo ni histórico, decidí guardarlo. En la actualidad, a pesar de que el tema ha sido ya tratado hasta la saciedad, he considerado oportuno sacar a esta persona anónima de su cajón para que vea la luz, porque, al fin y al cabo, ella, la mujer, es la protagonista y los sentimientos femeninos no tienen época ni lugar concreto.

Para intentar seguir fielmente los acontecimientos que se narran, tuve que estar en todo momento pendiente de los medios de comunicación, por eso, quiero expresar mi agradecimiento a los periodistas, a los informadores, a los fotógrafos y a los noticiarios, tanto escritos, como televisados y radiados, que gracias a su esfuerzo nos mantienen constantemente informados de cuanto acontece en el mundo.

Igualmente deseo expresar mi agradecimiento a mi hijo David que ha tenido la paciencia de convertir a formato digital un viejo manuscrito escrito con máquina de escribir antigua y a mi familia que me ha animado a publicarlo.

—JULIO 1981—

Soy argentina, aunque eso para mí ya no signifique nada más que la pesadilla que estoy viviendo, una pesadilla de esas que en la cama, en ocasiones, te acomete y quieres despertar para comprobar que todo ha sido un absurdo sueño y que la vida continúa placidamente en torno tuyo. Pero yo sé que mi pesadilla no acabará abriendo los ojos y, aunque no tengo la más remota idea de cómo ni cuándo acabará, sé que ha comenzado y que he de vivirla hasta el final.

Por esa razón, ser argentina, morena, casada, poseer un nombre y unos apellidos, aquí no significa nada, porque entre estas paredes sucias que me aprisionan, he perdido nacionalidad, identidad, mi físico habitual y, lo que es más triste de todo, creo que incluso puedo perder la consciencia de pertenecer al género humano y racional, que día a día me puede ir convirtiendo en un cuerpo sin alma, unida por el destino a otros cuerpos que semejan bultos deteriorados por las torturas, el miedo y la soledad.

Los acontecimientos se han precipitado en mi vida con una rapidez vertiginosa, desbordándome, sin dar tiempo a que mi capacidad de asimilación se percate del motivo que en diez días ha convertido mi vida en este infierno.

Nunca me he visto involucrada en política, para ser más exacta, debo reconocer que no solamente no he inter-

venido en asuntos políticos, sino que ni siquiera me han logrado interesar en extremo; me he sentido aburrida en los comentarios al respecto y he podido intervenir muy poco en conversaciones surgidas sobre el tema porque mi ignorancia y apatía sobre él, me lo han impedido. Si bien he seguido fielmente todas las noticias que en el gobierno de este país se han ido sucediendo desde que tengo uso de razón y que en los últimos tiempos me he podido sentir incluso angustiada, no me afectaban los cambios sino por lo que pudieran repercutir en mi pacífica existencia y en la de los seres que quiero.

…

En 1976 se pusieron en marcha una serie de acontecimientos que serían el inicio de toda la tela de araña que nos está envolviendo. El régimen establecido por Juan Perón y después por su viuda Isabel, se había deteriorado a causa de la corrupción y de la incompetencia.

La extrema izquierda se había entregado al terrorismo, infiltrando agentes en casi todos los sectores de la vida argentina. Los terroristas estaban muy bien organizados y su campaña de secuestros y atentados había llegado a alarmar hasta tal punto a la población urbana, que el golpe militar del general Jorge Videla, cuando se produjo, fue recibido con alivio por muchos ciudadanos.

Se formó el primer triunvirato castrense que ocupó el poder el 24 de Mayo de 1976, integrado por Videla, Massera y Agosti. Las metas de los nuevos gobernantes eran, en primer lugar, suprimir a los terroristas y luego restablecer el orden necesario. Se trataba de un programa que se cumpliría paso a paso.

A juicio de los militares, la situación era bélica y en la guerra todos los métodos son permisibles. En lugar de seguir el difícil camino de los juicios legales, con su carga

de testimonios y de pruebas de culpabilidad, optaron por emplear el método mucho más cómodo, de las desapariciones.

Operaciones furtivas llevadas a cabo por escuadrones que actuaban bajo las órdenes de cada una de las Fuerzas Armadas y la policía secreta, pronto se convirtieron en un aspecto familiar de la vida argentina.

Los antiguos coches Ford Falcon se convirtieron en símbolo de muerte mientras recorrían las calles con las matrículas ocultas, en busca de víctimas. Muy pocos de los que fueron obligados a subir a los Ford Falcon volvieron a ser vistos.

En ocasiones, algún superviviente susurraba una historia de torturas y terror que había tenido lugar en diferentes sitios.

En Buenos Aires llegó a ser especialmente famosa la Escuela Mecánica de la Armada, un elegante edificio con inmaculados jardines. Detrás de sus fachadas se comentaba que actuaban con efecto certero y devastador, desapareciendo varios científicos y periodistas.

A medida que crecía la angustia los que formábamos la población empezamos a cerrar los ojos y a pensar, si oíamos comentarios de algún secuestro, que debía tener un motivo concreto.

Se hablaba también sobre madres que se manifestaban pidiendo noticias sobre sus hijos encarcelados y que, en sus caminatas alrededor de la Casa Rosada, esgrimían pancartas y fotografías. Muchas personas simpatizaban con estas mujeres, y se decía, que una monja francesa, Alice Dumont, soportó salvajes torturas después de ser detenida en una reunión de madres de las víctimas que tuvo lugar en la iglesia de la Santa Cruz de Buenos Aires.

La mayoría de los detenidos, eran alumnos de escuelas secundarias, jóvenes con indudables simpatías o relaciones con el movimiento guerrillero Montoneros; otros

eran sencillamente, idealistas radicalizados, según comunicaban los medios oficiales de comunicación como la radio y la televisión, que por otra parte, emitían muchos reportajes sobre conflictos internacionales y muy poco sobre los internos, hablando, respecto a estos últimos de partidos ilegales y actividades revolucionarias.

Después de dos años, parecía que todo volvía a adquirir un orden, que las detenciones iban disminuyendo y que del terrorismo sólo quedaban ya escasos grupos desmantelados que se lograrían extinguir.

Todas esas cosas me parecían lejanas dentro del mundo reducido en el que vivía y no me interesaban sino como tema de curiosidad. Ni mi familia, ni yo, ni siquiera nuestros amigos, teníamos conflictos de ninguna clase, solamente la inflación nos afectaba; la desastrosa economía del país, repercutía también en nuestra economía, porque los precios no cesaban de subir. Lo admitíamos como un mal temporal, en espera de tiempos mejores.

Por otra parte, en 1.978 se jugaron aquí los mundiales de fútbol y el presidente general Videla parecía presentarnos ante un mundo entero como una nación sin problemas mayores que los de cualquier otra; la euforia del pueblo, al resultar Argentina ganadora, duró muchos meses y las gentes comentaban bastante de deporte y cada vez menos de política interna.

Todo parecía haber vuelto a su cauce.

…

Mi familia obrera, ha sido siempre apolítica. Mis padres, pensando tan sólo en que sus cuatro hijos, unidos por el trabajo y la certidumbre de que el trabajo presidiría sus vidas, crecieran felices, han luchado constantemente para darnos una formación cultural al alcance de sus posibilidades, y así yo, cuando terminé de estu-

diar, encontré un empleo de secretaria, donde el tecleo de una máquina de escribir, mi tremenda afición a la lectura y un montón de sueños e ilusiones respecto al futuro, llenaban mis horas y mis días hasta que me casé y nació mi hijo.

¿Sabrán mis padres qué está ocurriendo conmigo ahora?, ¿estarán luchando por sacarme de aquí?. Les quiero ver, escuchar, dejar que mi madre me abrace y me diga que todo ha pasado, que esta confusión ha sido aclarada y que mi marido y mi hijo están en casa esperando.

Mi hijo… no puedo recordarle sin que el aire desaparezca a mi alrededor y esta sensación de angustia me impida la visión, llenándome los ojos de lágrimas. Le tenía en brazos, contemplando su linda carita de dos años; su expresión inocente, ajena a la preocupación que me embargaba, a la inquietud que me apresaba el corazón desde que me comunicaron que su padre había sido detenido por la mañana, sin que supiéramos la razón, y le aprisionaba contra mi pecho mientras esperaba noticias de mi familia que estaba indagando sobre lo ocurrido.

Extraños presentimientos me invadían recordando a los tres compañeros de mi marido que habían sido detenidos en el transcurso del último mes y de los que se desconocía el paradero, pensamientos oscuros me atormentaban cuando mi madre, asomada a la ventana vio llegar el auto. Era un Ford Falcon con soldados.

Golpearon la puerta y nos precipitamos a salir sin saber lo que los minutos siguientes nos traerían. Les confirmé, ante sus preguntas, quién era mi esposo.

No; no sabíamos nada de él desde por la mañana.

No; no ejercía ninguna actividad política.

No; no teníamos amistades íntimas ni miembros de la familia que las ejercieran.

No; yo no trabajaba de momento en nada, sólo cuidaba de mi casa y de mi hijo.

Y seguía apretando al niño contra mí, como si mi intuición me dijera que tardaría muchísimo tiempo en volverlo a hacer.

—Entrega ese pibe a la vieja y acompáñanos— me dijo el más corpulento de los soldados.

—¿Para qué? ¿Quieren que vaya con mi marido?.

—Nosotros no llevamos ese caso. Hay una denuncia acusándote— me miró furioso—Acompáñanos.

—Debe tratarse de un error.

—Vamos, tenemos que interrogarte. Sube al auto y no nos hagas perder más tiempo.

—Esperen, por favor, es un error…

Un dolor insoportable se apoderó de mí cuando los dedos del gordo me pellizcaron fuertemente en el pecho. Asustada como nunca lo había estado, intentando disimular porque no estaba segura de si mi madre se había dado cuenta de lo sucedido, pues el soldado estaba frente a mí y en medio de las dos, besé a mi hijo y se lo coloqué a ella en los brazos.

El niño lloraba al oír que me levantaban la voz y porque en su mente infantil, las cosas estaban aún muchísimo menos claras que en la mía de mujer adulta. Me llamaba pidiendo venir conmigo y en medio de lágrimas que intentaba ocultar y de una gran confusión que se había organizado entre algunos vecinos que presenciaron mi detención, me encontré en el interior del coche, sentada entre dos hombres y con un temblor en las rodillas que no podía disimular, a pesar de intentarlo, aunque no pasaba desapercibido para ellos; uno me miraba con chispas de ira en los ojos; el otro, parecía encontrarse nervioso, y los soldados que ocupaban el asiento delantero volvían sus rostros guasones y sonrientes.

Me trasladaron primero a una comandancia especial situada en el centro de Buenos Aires y desde allí, a otra que se encontraba en las afueras.

De esta forma comenzó mi pesadilla; fueron unos días de interrogatorios absurdos, de oficial en oficial, de departamento en departamento, todos preguntando las mismas cosas que yo ignoraba, todos pidiendo nombres, nombres, ¿a quién podía mencionar, si no sabía lo que estaba ocurriendo?. Me sentía como en una nube extraña, todo cuanto me rodeaba lo veía borroso y pensaba que, de un momento a otro, al considerar su error, me dejarían libre para volver a casa, me pedirían perdón y me rogarían que no presentara denuncia por malos tratos; porque realmente estaba siendo maltratada, sin probar apenas comida, y las pocas horas que podía dormir era entre rejas; incluso un militar me dio una bofetada al insistir en mi inocencia y decir que sus superiores le castigarían.

Seguía en una nube extraña que cada vez era más densa porque nada de lo que yo esperaba sucedió, nadie me pidió perdón, y como seguían convencidos, o al menos lo aparentaban, de mi intromisión en disturbios políticos y de que intentaban ocultar nombres de dirigentes, me trasladaron a este lugar para, según sus palabras, realizar interrogatorios más exhaustivos. No quería ir a ningún lugar, añoraba el bullicio y la agitación que ordinariamente reinaban a esas horas en Buenos Aires, las calles, ya iluminadas, con su ir y venir de gentes ajenas a mi situación e ignorantes de las cosas que ocurrían; la ciudad derrocharía vida a raudales y yo sentía muerto de miedo mi corazón.

—AGOSTO 1981—

Llegué aquí en una noche estrellada y contemplé el cielo, pidiendo ayuda, antes de que me introdujeran por unos pasillos mal iluminados y me encerraran en este recinto donde mujeres de varias edades, dormitaban, apiñadas en raídas mantas individuales colocadas sobre montones de paja; sus siluetas, reflejadas tan sólo por un pequeño rayo de luz que la noche clara dejaba pasar a través de una estrecha ventanita enrejado situado en lo más alto de la pared, y comprendí, cuán insuficiente aire podía penetrar por allí para oxigenar una estancia de aproximadamente doscientos cincuenta metros cuadrados, y por qué hería mi olfato aquella insoportable mezcla de olor a sudor, a orín, a heces, un olor, al que yo, que siempre había pecado de escrupulosa, pasaría a formar parte.

Cuando, por el medio metro cuadrado que ejercía de ventana, comenzaron a entrar luces del amanecer, mis ojos pudieron contemplar mi alrededor y el pánico más absoluto se apoderó de mi mente.

Aquellas mujeres, la mayoría muy jóvenes, presentaban entre sus ropas medio desgarradas y sucias, hematomas y heridas descorazonadoras, sus ojos, que comenzaban a abrirse paulatinamente, reflejaban estados de ánimo que iban desde el horror a la incertidumbre pasando por la indiferencia y falta de lucidez; me miraron como si no les importara mi compañía y yo no me atre-

ví, en parte por miedo y en parte porque no me sentía segura de la situación, a preguntarles cómo y porqué habían llegado hasta allí y qué esperaban.

Dos de ellas, se movieron lentamente del lugar en que habían reposado y se dirigieron a una estancia que estaba vacía, pequeña y que comunicaba con la nuestra por medio de una abertura en forma de puerta, pero que carecía de ella, y ante mi asombro, se pusieron a hacer sus necesidades, removiendo después la paja para taparlas e incrementando en el ambiente el horrible olor que ya lo inundaba. Estaba tratando de aguantar las náuseas y las ganas de vomitar, cuando se abrió la puerta y dos soldados entraron dejando en el suelo unos cubos con agua, otros con algo blanco que semejaba leche sucia y otros dos con una especie de cereales, como trigo, mijo, o algo parecido. ¡Dios mío, no era verdad!. Tenía que estar soñando. ¿Qué clase de cárcel era aquella en que las personas eran tratadas peor que cerdos?. ¿Conocía el gobierno lo que estaban haciendo aquellos verdugos?. ¿Serían realmente militares quienes me habían encerrado allí, o acaso había sido engañada y estaba en poder de unos degenerados que secuestraban mujeres con un fin extraño?.

No daba crédito a lo que estaba viviendo mientras contemplaba a aquellas infelices lavarse en los cubos de agua y repartirse el alimento en unos tarros individuales que cogieron de un sucio sobresaliente de la pared; se volvió a abrir la puerta y otro soldado gritó mi nombre y me ordenó seguirle para interrogarme.

Salí corriendo pensando en las cosas que iba a decir y en las amenazas que tendrían que escucharme y que estaría dispuesta a cumplir, porque aquella noche no podría olvidarla jamás y en cuanto estuviera libre, ese mismo día esperaba, me pondría en contacto con un abogado y declararía cuanto estaba ocurriendo en las cárceles por

culpa de unos dementes que, protegidos por sus cargos oficiales, daban rienda suelta a las locuras, ocultando a los dirigentes del país que habían retrocedido mil años en el ejercicio de la justicia.

Me hallé en una sala rectangular con una mesa en el centro, rodeada de tres militares de pie y uno sentado en una silla; por cambios en sus uniformes, supe que cada unos ostentaba un grado, y aunque nunca he entendido de graduaciones, comprendí que el sentado, era el superior; me preguntó mi identidad y yo se la confirmé. A partir de ese momento, se comportó con indiferencia, dejando en manos de los otros tres todo el interrogatorio, como si a él esas cosas le molestaran y estuviera anhelando marcharse. El más gordo tomó la iniciativa.

—Deposita en la mesa los pendientes, anillos y cualquier objeto que lleves encima.

—¿Por qué?

—Porque en este lugar no son necesarias las joyas ni la plata, no te preocupes, nadie te va a robar, en cuanto seas razonable y confieses toda la verdad y compruebe los nombres y lugares que tú me vas a decir, te serán devueltas todas tus pertenencias.

—Oiga, yo no sé nada, todo es un error, ya se lo he explicado anteriormente. Pregunte por mí a quienes me conocen, nunca he hecho daño a nadie, jamás he tenido líos con la policía…

—No me interesa quien te conoce a ti, eso ya lo sé— dijo—. Lo que quiero que me des son nombres de quienes tú conoces. De tus amigos traidores a la nación que no se cansan de jodernos con sus tonterías.

—Yo no he traicionado a nadie, nunca me ha interesado la política.

—¿Qué opinas de los militares?

—No le importe mi opinión puesto que yo no he hecho nada. De todas formas, si ustedes son militares, creo que voy a empezar a odiarles, aunque supongo que sus superiores ignoran el trato que reciben las personas que caen en sus manos, y que si lo supieran serían fusilados.

Una carcajada resonó en la sala y los maliciosos ojos de aquellos hombres parecían taladrarme, sin apartarse de mí ni un solo instante.

—Desnúdate.

—¿Cómo ha dicho?

—Quítate cuanto lleves encima, sin ropa se piensa mejor y se bajan los humos.

—¡Está loco!. Me ha insultado y todo el mundo se enterará de lo que hace. Será destituido.

Saltó furioso sobre mí y enganchó mi larga melena haciéndome arrodillar a sus pies. Rápidamente, con su manaza que parecía una zarpa, hizo saltar todos los botones de mi blusa.

La soberbia de aquel hombre y la manera que tenía de ejercer una autoridad que injustamente habían puesto en sus manos, me dejó tan sorprendida y asustada, que era incapaz de decir una palabra, ni efectuar ningún movimiento. Obedeciendo a un gesto suyo, otro de los militares se acercó más a mi y me despojó de la blusa dejando al descubierto la espalda y el pecho que yo intentaba proteger con mis brazos, pero que no pude conse-